tel número siete que en su planta baja tenía una tienda de abarrotes.

Hay, desde luego aspilló debidamente los muros **de su casa**, abriendo las correspondientes troneras; pero de tal modo y en forma de embudo, de dos pulgadas de diámetro, que cubrían perfectamente al tirador.

Al posesionarse de esta casa, ocurrióle á Hay un incidente altamente dramático:

Atravesaba la línea de fuego, cuando en la semi oscuridad del romper del día atoróse en una de las numerosas cercas de alambre que por allí estaban tendidas.

Durante varios minutos, estuvo Hay sufriendo el fuego combinado de su gente y los federales, salvándose milagrosamente por esa instintiva y curiosa tendencia de todo tirador, de tomar demasiada mira cuando no se distingue el blanco.

Nos relataba Hay, que lo que más mella le produjera en tan críticas circunstancias—las balas venían á estrellarse á medio metro de su cabeza—era el considerar que iba á ser muerto por su propia gente que en la oscuridad lo desconocía.

Había ya aclarado por completo, y Hay y sus hombres podían distinguir con toda netedad á los defensores del cuartel número siete, protegidos por un buen número de sacos de arena.

Del puesto número 4, veíanse hasta los rifles, ofreciendo magnífico blanco á sus tiradores, pues las aspilleras eran del tamaño de un adobe de 3 á 4 pulgadas.

Hay, comenzó en seguida el fuego, hasta que consiguió apagar el del puesto número cuatro, que acabó por no contestar al poco rato de empezado aquél por Hay.

En esta primer fase del combate, sólo tuvo Hay dos muertos en el interior de la casa que ocupó todo el resto del día, hasta la hora en que se le hizo prisionero.

Por cierto, que el primero de ellos fué muerto en circunstancias bien extrañas.

Estaba hablando con Hay, apoyadas ambas cabezas, junto á una de las estrechísimas aspilleras, cuando una bala, perforándole la garganta, hizóle caer fulminado como por el rayo.

Hay, cargó con el cadáver, apresurándose á esconderle bajo un mostrador, á fin de evitar el efecto que pudiera causar á la gente el siniestro espectáculo de la primer baja.

Después de varias horas de fuego, al observar Hay la ventaja obtenida sobre los federales, que ya no contestaban sino muy débilmente, ocurriósele ir á atacarlos en sus propias posiciones.

Al efecto, ordenó al Capitán Palomino, uno de sus acompañantes, que dejáse en poder de los mejores diez tiradores todas las aspilleras, haciendo fuego incesantemente sin importarle el consumo de municiones ni la efectividad de los blancos que pudieran obtenerse, á fin de distraer la atención del enemigo.

Esto permitiría salir de la casa á Hay, Palomino y diez hombres más, que irían á posesionarse de otra, situada precisamente al lado del puesto número cuatro, posición de la que Hay esperaba apoderarse horadando la pared medianera y volándolos con dinamita en caso de que el enemigo no se rindiese.

Este plan atrevido, pero práctico, que hubiera sido coronado por el éxito, no llegó á verificarse merced á la casualidad, Diosa suprema en ciertos y determinados instantes críticos.

En el momento preciso de poner en práctica su proyecto, Hay acertó á distinguir, á poca distancia, una recua de mulas, que, atravesando la calle, parecían alejarse del centro de la ciudad.

Tanto Hay como Palomino, pensaron fueran mulas de parque de la guarnición que sin duda evacuaba la plaza.

Bien pronto se deshizo el error, y los sitiadores comprendieron que de asaltantes habíanse convertido, por obra y gracia de la Casualidad, en sitiados, condenados á perecer irremisiblemente.

Las famosas mulas, eran la artillería de García Cuéllar, que llegaba á Casas Grandes con bastante anticipación de lo que se había creído.

Hay comprendió que estaba perdido; pero al considerar que si las fuerzas de García Cuéllar habían logrado penetrar en la plaza, era porque Garibaldi y Raul Madero habían sido aniquilados, decidió correr la misma suerte, idea que participó á sus acompañantes, sin que de ningún labio se escapase la menor queja, ante un destino tan triste como definitivo, toda vez que aún era época propicia para la huída.

Sin embargo, el dolor y pesar de Hay fueron hondos.

Tenía la certeza de lo infructuoso del esfuerzo realizado, y se sentía como abofeteado en plena cara, por una mano tan hóstil, cuanto inalcanzable.

Pálido de ira, acercóse á una aspillera decidido á vender cara su vida, y se puso febril á disparar con su mano mutilada y sangrienta.

Excelente tirador, cada disparo suyo era disparo certero que mandaba á lo desconocido á algún adversario.

De tal modo se llegó á hacer efectiva la desesperación de Hay, que á los pocos instantes volaba, hecha añicos, la esquina de la casa desde donde el Coronel Hay se batía tan inútil cuanto denodadamente.

Era la artillería del Coronel federal Eguia Lis, que empezaba á hablar alto, dispuesta á epilogar la odisea.

Hay, cae desplomado.

Instintivamente arrastróse con gran trabajo, atravesando el cuarto donde se hallaba, para acudir al llamamiento de Palomino y su gente.

En el trayecto hubo de tropezar con el rifle que poco antes, al ser herido, cayera de sus manos, y lo volvió á empuñar de nuevo.

Colocáronle en un colchón sus compañeros, y á pesar de la sangre que bro-

Primer consejo estratégico. Hay y sus compañereros, al acabar de atravesar el Bravo

Entre tanto la canducta de los escasos defensores de la posición, no era menos heroica.

Al oir el estampido de las primeras granadas, Hay grita reconviniendo á Palomino:

¿Cómo demonios ha permitido usted que se acerquen con bombas de mano?

—No, mi Mayor, es artillería, **piezazos**... tratemos de huir, si es todavía posible. . .

Pero Hay, ni siquiera se digna contestar á su subordinado.

Impasible, como Azrael, el ángel de la muerte, continúa disparando, hasta que breves instantes después, estalla otra granada que atraviesa el muro del cuarto donde se encontraban, y sus balines que se esparcen, con horrísono fragor, por todas partes, hieren (cuatro de ellos) en el biceps, hombro, brazo izquierdo y garganta á Hay.

Además, el infeliz ha perdido un ojo atacado por otro fragmento de metralla que fracturó el frontal por debajo de la ceja derecha, incrustando en ambos ojos los vidrios de los lentes.

taba de sus heridas, hizo le abrieran una aspillera á la altura conveniente, para poder seguir haciendo fuego sobre el enemigo.

Pocos instantes después, lo abundante de la hemorragia, sus atroces dolores, especialmente los de la herida de la garganta, hicieron pensar á Hay que **iba á morir.**

Trazar con mano febril su postrer despedida, cuyo facsimil acompañan estas páginas, fué su última preocupación.

Escribió también una carta al **leader**, incitándolo á no desmayar en la lucha emprendida, y recostándose, no sin haber encomendado á su gente, que en el postrer momento le rematasen, esperó serenamente, como esperan los bravos, á la Inexorable, que ante tal valentía hubo, al respetarla, de batirse en retirada. . .

Palomino y Aldama, en tan solemnes instantes, juraron á Hay rematarle en el momento de rendirse, cosa que no tardarían en tener que hacer, por lo desesperado de su situación.

Hay, después de darles las gracias, entrególes su pistola, encargándoles la en-